

Marcelo Morante  Mariela Morante

SIN DOLOR

Historias
íntimas del
**cannabis
medicinal**

PAIDÓS

MARCELO MORANTE Y MARIELA MORANTE

SIN DOLOR

Historias íntimas del cannabis medicinal



PAIDÓS

1

DOLORES ÍNTIMOS

Mereces lo que sueñas.

GUSTAVO CERATI

*Solo les pasan cosas a aquellos
que son capaces de soportarlas.*

DICHO POPULAR

El dolor es anterior a la medicina. Es un aspecto sabido por la humanidad, pero pocas veces recordado. Por alguna razón, que tanto puede obedecer a la cultura de la eficacia que impuso la modernidad o a la imposibilidad de reflexionar lo suficiente respecto del fenómeno, hemos perdido de vista un enfoque de los hechos según el cual el dolor no solo es anterior a la medicina, sino que es su principal objeto.

Como médico con varios años dedicados específicamente a la medicina del dolor, pude comprender que la experiencia del dolor no es un mero rótulo ni un síntoma general. El que lo sufre es el individuo y su entorno inmediato, y cada dolor tiene su particularidad física, mental y social. De manera que no es posible referirse a él como algo masivo e indeterminado, sino que debería hablarse de personas dolidas a las que los médicos, tal vez por comodidad, seguimos llamando pacientes.

Los relatos incluidos en este libro son los de algunos pacientes con los que he entablado relaciones personales, como creo que debemos asumir los médicos con aquellos a quienes les tratamos enfermedades crónicas, porque es justamente el hecho de que las enfermedades sean crónicas lo que exige una relación de confianza entre el paciente y el médico que lo asiste. Hay una diferencia no solo semántica, sino también humana, entre que a un paciente lo atienda su médico o la frialdad de “la medicina”.

Aquí se presentan diversos casos de dolor abordados por la propia –y única– experiencia de los pacientes o sus familiares. Cada caso es una historia de vida conmovedora, a la que nuestra vocación de médicos desea aliviar el dolor para darle una felicidad posible al drama del sufrimiento.

El dolor de nuestra madre (mi dolor médico)

En el año 2002 viajé de La Plata a General La Madrid para pasar las fiestas de fin de año con mi gente. Mientras nuestra madre hacía el asado a la sombra de los árboles (siempre los hacía ella), me preguntó: “¿Cómo sos como médico?”. Le consulté a qué se refería y entonces dijo: “¿Vos podrías ser nuestro médico, el médico de nuestra gente?”.

La situación era algo complicada para mí. Acababa de llegar de España, donde había ido a formarme, y me sentía en la plenitud de mi desarrollo académico, acompañado por grandes maestros y profesores. Estuve a punto de contestarle que mis proyectos eran otros, que quería dedicarme a la ciencia y a lograr ser un exitoso profesor en La Plata. Pero antes de responderle le pregunté qué era lo que necesitaban, y allí vi una mirada cómplice entre ella y el abuelo Paulino. “Necesitamos que nos cuides y ver que sos el médico con el que soñamos”, me dijeron.

Lo primero que pensé fue que mi pueblo era muy pequeño y que no iba a poder desarrollarme. Nuestro hermano intervino y me pidió que le diera ese gusto a mamá. Para hacerlo, tenía que pedir licencia en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), donde estaba trabajando. Haría una prueba de tres meses en principio. Sentí que mi gente me veía diferente: simple y comprometido. Acepté el desafío, quizás el más importante en mi carrera de médico, y decidí ir de Madrid a un pequeño pueblo de quinientos habitantes del partido de General La Madrid, llamado La Colina.

El pueblo parecía dormir la siesta. Había calles de tierra, una iglesia sin párroco, una plaza, una cancha de fútbol, un hospital, la escuela y unas pocas casas. A eso se reducía el paisaje adonde me iba a vivir. Yo sabía que mi madre estaba por encima

de mis compromisos y mis logros, pero el mayor sentido de mi decisión lo encontré, luego, cuando ella se enfermó.

Entonces empezó mi tarea de generar un proyecto en el hospital y tratar de que la gente me aceptara. Esto me llevó cuatro años. Entendí que era mi lugar y que yo era el médico de esa gente.

* * *

En 2004, estaba viendo por televisión la final de básquet de las Olimpiadas de Atenas cuando descubrí a mi madre con una mirada diferente. Me dijo: “Tengo miedo, ¿me hacés un té?”. Era extraño ese pedido en una mujer ruda y luchadora que todo lo podía, y mucho más lo fue al agregar: “Siento que me van a robar y a sacar lo único que tengo en la pieza de costura”. Le pregunté por qué le iban a robar algo de ahí si no había nada de valor y era todo un desorden.

Siguió con su mirada extraña y me dijo: “Si algo me pasa, la llave está acá”, y me mostró un bolsillo en su ropa interior. La abracé y le sugerí que fuéramos al hospital para que le hicieran unos estudios, ella aceptó como una niña. Hablé con el médico de guardia, pero él afirmó, en un tono autoritario, que mi madre estaba perfecta: “No podés pensar que tu mamá, por un cambio en su mirada, tiene un tumor en el cerebro, porque la ves con miedo o cree que le van a robar”. Yo pensé que lo que había pasado era que por entrenamiento médico, un arte doloroso, había podido verla de otro modo y detectar un problema.

Llevé a mi madre a Olavarría, donde le hicieron una tomografía de cerebro. Ella estaba más calma y viajamos haciendo bromas. La tomografía dio resultados pésimos. Tenía un gran tumor. Tuve ganas de decirle: “¿Qué hiciste?, ¿por qué ocultaste tu dolor?”. Ella me dijo: “Entendeme, tu hermana tenía que llegar a ser médica, y ahora que lo logró, no necesito más

nada”. Mariela se había recibido hacía solo una semana. “Pero no te preocupes que estoy bien”. Ese “estoy bien” se repitió durante todo el año de agonía. El dolor que me provocó esa situación está intacto en mí. Solo me produce calma recordar el amor de su mirada.

Pude ser el médico de mi madre, de mi abuelo, de mi hermana años después, de mi amada comunidad, y creo que ese es el gran dolor del médico, el de asistir a sus seres queridos. Pero siento que cumplí un deber con mi madre, que murió en su casa, sin dolor, rodeada de sus nietos. Ese es mi gran aprendizaje, el que hoy me permite tener una percepción diferente sobre el dolor, el mío y el de mi gente.